

nuestros misioneros. Algunos piensan que este reyezuelo se llamaba Caulus, de donde con poca alteracion los españoles lo llamaron Cárlos. Otros creen haberse este cacique bautizado en fuerza de la predicacion de algunos misioneros que allí envió Cárlos V, como dejamos escrito, y que en memoria de este príncipe se le puso el nombre de Cárlos, como á su sucesor se le impuso despues el de Felipe. Sea como fuere, es constante que la apelacion con que se conocía el cacique, la provincia, el fuerte y la bahía, que hasta ahora lo conserva, es muy anterior á la venida de *D. Pedro Melendez*; y que aunque haya sido fundador del presidio, no pudo, como piensa el padre Florencia, haberle dado este nombre en honor de Cárlos V; pues cuando vino este gobernador á la Florida, ya habia 7 años que habia muerto, y 9, que con un inaudito ejemplo de generosidad se habia en vida enterrado en los claustros del monasterio de Yuste aquel incomparable príncipe.

Finalmente, tiene tambien de Cárlos II, rey de la gran Bretaña, el nombre de Carolina, una vasta region de nuestra América, que contiene parte de la antigua Florida, de la cual se apoderaron los ingleses por los años de 1662, y á cuya capital situada junto á la embocadura del rio *Cooper*, dieron en memoria del príncipe el nombre de *Charlestown*. Esto baste haber notado, para que no se confundan estos nombres, mucho mas en el presente sistema, en que, no habiendo ya quedado á los españoles ni á los franceses por el tratado de las últimas paces, parte alguna en la Florida, ni en su vecindad, seria muy fácil con los nuevos nombres, que acaso irán tomando estas provincias bajo la dominacion británica, olvidarse los antiguos límites, ó la antigua geografia política de estas regiones.

Ministerios
en Florida.

El padre Juan Rogel, quedó en el presidio de Cárlos, y el hermano Villa Real, pasó á la ciudad de Teguxta, poblacion grande de indios aliados, y en que habia tambien alguna guarnicion de españoles para aprender allí la lengua del pais, y servir de catequista al padre en la conversion de los gentiles. Entretanto, por medio de algunos intérpretes, no dejaban de predicarles y esplicarles los principales artículos de nuestra religion, convenciendo al mismo tiempo de la vanidad de sus ídolos y las groseras imposturas de sus *Javvas* ó falsos sacerdotes. Estos eran despues de los Paraoustis ó caciques, las personas de mayor dignidad. Los hacia respetables al pueblo, no solo el ministerio de los altares, sino tambien el ejercicio de la medicina de que solos hacian profesion. No se tomaba resolucion alguna de consecuen-

cia entre ellos, sin que los *Javvas* tuviesen una parte muy principal en el público consejo. Es fácil concebir cuán aborrecibles se harian desde luego los predicadores de la verdad á estos ministros del infierno. Muy presto comenzaron los siervos de Dios á experimentar entre muchas otras penalidades, los efectos del furor de los bárbaros, instigados de sus inicuos sacerdotes.

Frente de una pequeña altura donde estaba situado el fuerte de Cárlos, habia otra en que tenian un templo consagrado á sus ídolos. Consistían estos en unas espantosas máscaras de que vestidos los sacerdotes, bajaban al pueblo situado en un valle que dividia los dos collados. Aquí, como en forma de nuestras procesiones, cantando por delante las mugeres ciertos cánticos, daban por la llanura varias vueltas, y entre tanto salian los indios de sus casas, ofreciéndole sus cultos, y danzando, hasta que volvian los ídolos al templo. Entre muchas otras ocasiones, en que habian hecho, no sin dolor, testigos á los españoles y al padre de aquella ceremonia sacrílega, determinaron un dia subir al fuerte de los españoles, y pasear por allí sus ídolos, como para obligarlos á su adoracion, ó para tener en caso de ultrage algun motivo justo de rompimiento, y ocasion para deshacerse principalmente, como despues confesaron algunos, del ministro de Jesucristo. El padre lleno de celo los reprendió de su atentado, mandándolos bajar al valle; pero ellos que no pretendian sino provocarlo y hacerlo salir fuera del recinto de la fortaleza, porfiaron en subir, hasta que advertido el capitán Francisco Reinoso, bajó sobre ellos, y al primer encuentro de un golpe con el revez de la lanza, hirió en la cabeza uno de los ídolos ó enmascarados sacerdotes. Corren los bárbaros en furia á sus chozas, ármanse de sus macanas y botadores, y vuelven en número de cincuenta ó poco ménos al fuerte; pero hallando ya la tropa de los españoles puesta sobre las armas, hubieron de volverse sin intentar subir á la altura.

Entretanto el hermano Villa Real en Teguxta, hacia grandes progresos en el idioma de aquella nacion, y en medio de unos indios mas dóciles, no dejaba de lograr para el cielo algunas almas. Bautizó algunos párvulos, confirmó en la fé muchos adultos, y aun dió tambien á algunos de estos el bautismo. Entre otros, le fué de singular consuelo, el de una muger anciana cacique principal, en quien con un modo particular quiso el Señor mostrar la adorable Providencia de sus juicios en la eleccion de sus predestinados. O fuese efecto de la enfermedad,

ó singular favor del cielo, le pareció que veía ó vió en realidad un jardín deliciosísimo, y á su puerta el mismo hermano, que bautizándola, se la abría y le daba franca entrada. Lo llamó: refirióle llena de júbilo lo que acababa de ver. Pareció de una suma docilidad á las instrucciones del buen catequista, que comprendía con prontitud, y bautizada con un inmenso gozo, partió luego de esta vida á las delicias de la eterna. En esta continua alternativa de sustos y fatigas temporales, y de espirituales consuelos, habian pasado ya un año los soldados de Cristo; sin embargo, al cabo de este tiempo no se veía crecer sino muy poco el rebaño del buen pastor. Habianse plantado algunas cruces grandes en ciertos lugares para juntar cerca de aquella victoriosa señal los niños y los adultos, é instruirlos en los dogmas católicos. Adultos se bautizaban muy pocos, y los mas volvian muy breve, con descrédito de la religion al gentilismo. Los niños pocos que se juntaban á cantar la doctrina, no repetian otras voces, que las que les sugeria la necesidad y la hambre. El padre Juan Rogel para acariciarlos, les repartió por algun tiempo alguna porcion de maiz, con que informado de los trabajos de aquella mision, le habia socorrido el Illmo. Sr. obispo de Yucatán, D. Fr. Francisco del Toral, del orden seráfico. En este intervalo, concurrían los indizuelos en gran número. Acabado el maiz, acabó tambien aquella interesada devocion. En medio de tantos desconsuelos, un tenue rayo de esperanza animaba á los misioneros al trabajo. Habíase descubierto no se qué conjuracion, que tramaba contra los españoles el cacique D. Carlos, por lo cual pareció necesario hacerlo morir prontamente. Succedióle otro cacique mas fiel para con nuestra nacion, y tomando el nombre de D. Felipe, dió grandes esperanzas, de que en volviendo de España el adelantado, se bautizaría con toda su familia, y haría cuanto pudiera para traer toda la nacion al redil de la Iglesia. Oía entretanto las exhortaciones é instrucciones del padre; pero muy en breve mostró cuanto se podia contar sobre sus repetidas promesas. Intentó casarse con una hermana suya. El padre mirándolo en cualidad de catecúmeno, le representó con energía cuán contrario era esto á la santidad de nuestra religion, que deberia, segun habia dicho, profesar muy en breve. Respondió friamente, que en bautizándose repudiaria á su hermana, que entretanto no podia dejar de acomodarse á la costumbre del pais, en cuyas leyes aquel género de matrimonio, no solo era permitido, pero aun se juzgaba necesario. Pareció conducente al padre Rogel, hacer

viage á la Habana, para recoger algunas limosnas, y procurarles tambien el necesario socorro á los soldados, que con la ausencia de D. Pedro Melendez, padecian cuasi las mismas necesidades que los indios.

Partió en efecto bien seguro de la generosidad de aquellas gentes que habia experimentado bastantemente.

Con los informes de D. Pedro Melendez en España, donde habia llegado á fines del año de 67, y con la noticia de la muerte del padre Pedro Martinez, en vez de enfriarse los ánimos, creció en los predicadores del Evangelio el deseo de convertir almas, y derramar por tan bella causa la sangre. Señaló S. Francisco de Borja seis, tres padres y tres coadjutores, que fueron los padres Juan Bautista de Segura, Gonzalo del Alamo y Antonio Sedeño; y los hermanos Juan de la Carrera, Pedro Linares y Domingo Augustin, por otro nombre Domingo Vaez, y algunos jóvenes de esperanzas que pretendian entrar en la Compañía, y quisieron sujetarse á la prueba de una mision tan trabajosa. Mandóles el santo general, que estuviesen á las órdenes del padre Gerónimo Portillo, destinado provincial del Perú, que entonces residia en Sevilla. Por su orden constituido vice-provincial el padre Juan Bautista de Segura, se hizo con sus compañeros á la vela del puerto de S. Lúcar el día 13 de marzo de 1568. A los ocho dias de una feliz navegacion llegaron á las islas Canarias. Habia allí llegado el año ántes su Illmo. obispo D. Bartolomé de Torres, hombre igualmente grande en la santidad y erudicion: habia traído consigo al padre Diego Lopez, varon apostólico, que con su vida ejemplar, con su cristiana elocuencia, á que en presencia del santo prelado y de todo el pueblo, habia cooperado el Señor con uno ú otro prodigio, se habia merecido la estimacion y los respetos de aquellas piadosas gentes. El día 1.º de febrero de este mismo año de 68, acababa de morir en su ejercicio pastoral, visitando su diócesis el celosísimo obispo, dejando á su grey como en testamento un tiernísimo afecto á la Compañía, á quien para la fundacion de varios colegios en las islas, habia destinado lo mejor y mas bien parado de sus bienes. Los isleños, que como en prendas de la fundacion habian hecho piadosa violencia al padre Lopez para no dejarle salir de su pais, viendo llegar con su nueva mision al padre Segura, los recibieron con las mas sinceras demostraciones de veneracion y de ternura. Pasaron aquí ayudando al padre Diego Lopez el resto de la cuaresma; y celebrados devotísimamente con grande fruto de conversiones los misterios de nuestra redencion, se

Enviase nuevo socorro de misioneros.

Partió el padre Segura con una compañia para la Habana.

hicieron á la vela, y despues de una breve detencion en Puerto Rico, llegaron con felicidad al puerto de S. Agustín á los 19 de junio de 68. Vino luego de la Habana el padre Rogel, quien como el adelantado tuvo la mortificacion de ver arruinados todos sus proyectos. El presidio de Tacobaga, al Owest de Santa Elena y 50 leguas del Cárlos, estaba todo por tierra, muertos los presidiarios. En el Teguxta, irritados los indios de la violenta muerte que habian dado los españoles á un tio del principal cacique, habian desahogado su furia contra las cruces, habian quemado sus chozas, y apartándose monte á dentro, donde impedidos los conductos por donde venia la agua al presidio, reducidas á los últimos extremos la guarnicion, fué necesario pasarla á mejor sitio en el de Santa Lucía, donde habian quedado trescientos hombres, fueron todos consumidos de la hambre, viéndose, como sabemos por algunas relaciones, (aunque no las mas propicias á la corona de España) reducidos á la durísima necesidad de alimentarse de las carnes de sus compañeros, manjar infame y mucho mas aborrecible que la hambre y que la muerte misma. Lo mismo habia acontecido en S. Mateo. Solo habian quedado en pié los presidios de S. Agustín y de Cárlos. Presentáronse al general los soldados todavía en algun número; pero pálidos, flacos, desnudos, al rigor de la hambre y del frio, y que muy en breve hubieran tenido el triste fin de sus compañeros. Aplicáronse los padres á procurarles todo el consuelo que pedia su necesidad, se les proveyó de vestido y de alimento, y atraídos con estos temporales beneficios, fué fácil hacerles conocer la mano del Señor que los afligia, y volverse á su Magestad por medio de la confesion con que se dispusieron todos para ganar el Jubileo que se promulgó inmediatamente.

Parte el padre Segura con sus compañeros á la Habana.

Dados con tanta gloria del Señor y provecho de las almas, estos primeros pasos, reconoció el vice-provincial, así por su propia experiencia, como por los informes del padre Juan Rogel que no podia perseverar allí tanto número de misioneros, sin ser sumamente gravosos á los españoles ó á los indios amigos que apenas tenian lo necesario para su sustento. Determinó, pues, partir á la Habana á disponer allí mejor las cosas, dejando en Sutariva, pueblo de indios amigos, cercano á Santa Elena, al hermano Domingo Agustín para aprender la lengua, y en su compañía al jóven pretendiente Pedro Ruiz de Salvatierra. Nada parecia mas conveniente al padre Juan Bautista de Segura que procurar algun establecimiento á la Compañía en la Habana. La

vecindad á la Florida, la frecuencia con que llegan á aquel puerto armadas de la Nueva-España, de las costas de Tierra Firme, y de todas las islas de Barlovento, la multitud de los españoles é isleños cristianos y cultos que poblaron aquel pais, y el grande número de esclavos que allí llegan frecuentemente de la Etiopia, y lo principal, la comodidad de tener allí un seminario ó colegio para educar en letras y costumbres cristianas á los hijos de los caciques floridanos, abrian un campo dilatado en que emplearse muchos sugetos con mucha gloria del Señor. El pensamiento era muy del gusto del adelantado, que prometió concurrir de su parte para que S. M. aprobase y aun concurriese de su real erario á la fundacion del colegio. Interin la piedad de aquellos ciudadanos habia proveido á los padres de casa en que vivir, aunque con estrechura, vecina á la iglesia de S. Juan, que se les concedió tambien para sus saludables ministerios.

Aquí entregados en lo interior de su pobre casa á todos los ejercicios de la perfeccion religiosa, llenaron muy en breve toda la ciudad del suave olor de sus virtudes. No se veian en público sino trabajando en la santificacion de sus próximos. A unos encargó el padre vice-provincial la escuela é instruccion de los niños, principalmente indios hijos de los caciques de todas las islas vecinas, en cuya compañía no se desdeñaban los españoles de fiar los suyos á la direccion de nuestros hermanos. Otros se dedicaron á esplicar el catolicismo, é instruir en la doctrina cristiana á los negros esclavos, trabajo obscuro á los ojos del mundo, pero de un sumo provecho y de un sumo mérito. Unos predicaban en las plazas públicas, despues de haber corrido las calles cantando con los niños la doctrina. Otros se encargaron de predicar algunos dias seguidos en los cuarteles de los soldados, y despues en las cárceles, ni dejaban por eso de asistir en los hospitales. El padre Segura, como en la dignidad, así en la humildad y en el trabajo excedia á todos, y hubiera muy luego perdido la salud á los excesos de su actividad y de su celo, si el Illmo. Sr. D. Juan del Castillo, dignísimo obispo de aquella diócesis, no hubiera moderado su fervor, mandándole solo se encargase de los sermones de la parroquial. El fruto de estos piadosos sudores, no podemos explicarlo mejor que con las palabras mismas de la carta anual de 69, en que se dice así á S. Francisco de Borja, entónces general. „Si todo lo que „resultó del empleo de los nuestros en la Habana, se hubicra de referir por menudo, pediria propia historia y larga relacion, y aunque

Su ocupacion en esta ciudad.

„fuera contándolo con límite, parecería superior á todo crédito. Solo „diré á V. P. M. R. que habia ya personas tan aficionadas al trato „con Dios y á la oracion mental, exámen de conciencia y ejercicios, „de mortificacion, que en cuasi todas las cosas se guiaban por las cam- „panas de la Compañía, ajustando en cuanto podian su modo de vi- „vir con el nuestro.”

Por mucho que signifique esta sencilla espresion el provecho espiri- tual que se hacia en los españoles, era incomparablemente mayor el de los indios. Era un espectáculo de mucho consuelo; y que arran- caba á los circunstantes dulcísimas lágrimas ver en las principales solemnidades del año de ciento en ciento los catecúmenos, que ins- truidos cumplidamente de los misterios de nuestra santa fe, y apadri- nados de los sujetos mas distinguidos de la ciudad, lavaban por me- dio del bautismo las manchas de la gentilidad en la sangre del Corde- ro. Habíase encomendado al hermano Juan Carrerra la instruccion de tres jóvenes hijos de principales caciques de las islas vecinas: eran los tres de vivo ingenio, y dotados de una amable sinceridad acompañada de una suavidad y señorío, que hacia sentir muy bien, aun en medio de su bárbara educacion, la nobleza de su origen. A poco tiempo su- ficientemente doctrinados, instaron á los padres, empeñándolos con el Sr. obispo, para ser admitidos al bautismo. Quiso examinarlos por sí mismo el ilustrísimo, y hallándolos muy capaces, señaló la festividad mas cercana en que su señoría pretendia autorizar la funcion echán- dolés el agua. El plazo pareció muy largo á los fervorosos catecú- menos. Instaron, lloraron, no dejaron persona alguna de respeto que no empeñasen para que se les abreviase el término. Causó esto al- guna sospecha al prudente prelado, y de acuerdo con el gobernador y los padres, determinó probar la sinceridad de su fervor mandando que en un barco que estaba pronto á salir á dichas islas, embarcasen repenti- namente á los tres jóvenes. Ejecutóse puntualmente la orden; pero fueron tan tiernas las quejas, tan sinceras las lágrimas, tal la divina elocuencia y energía de espíritu de Dios con que hablaron y suplica- ron á los enviados del Sr. obispo, que enternecido este, conoció la gracia poderosa que obraba en aquellos devotos mancebos, que dentro de muy pocos dias, siendo padrinos el gobernador, y dos de las pers- onas mas distinguidas de la ciudad, los bautizó por su propia mano con grande pompa, edificacion y espiritual consuelo de todos los que asis- tieron á este devotísimo espectáculo.

La serie del suceso mostró bien cuanto podemos congeturar las miras altísimas de la Providencia, y el cuidado particular con que velaba, digámoslo así, sobre las almas de aquellos tres neófitos. Los dos menos principales el mismo dia que habian nacido á Dios en el bautismo, tocados de una enfermedad, dieron muy en breve sus al- mas al Criador. Quedó de este golpe sumamente mortificado D. Pedro Melendez, á cuya conducta los habian fiado sus padres, y te- niendo que aquellos bárbaros, la gente mas cabilosa del mundo, no lo culpase ó de negligente ó de pérfido; con estos pensamientos deter- minó que el tercero, que era el principal, y á cuyo padre se daba el título de rey, se embarcase luego y diese la vuelta á su patria; pero el Señor tenia sobre él mas altos designios. Luego que supo esta reso- lucion el generoso jóven, pidió á Dios instantemente, que ántes de es- ponerlo á semejante peligro lo sacase del mundo. En esta ora- cion se ejerció por algunos dias con tan viva confianza, que hablan- dolo de su próximo viage el hermano Juan de la Carrera, no tengas cuidado de esto le replicó. Los hombres se cansan en valde. Yo es- tóy cierto que no he de volver á ver en este mundo á mis padres, por- que muy breve iré á ver á Dios en el cielo. En efecto, enfermó den- tro de pocos dias, y á pesar de todos los esfuerzos de la medicina, que con liberalidad le proveyó el adelantado, el mismo dia destinado pa- ra el embarque arribó felicísimamente al puerto de la salud. El go- bernador para poner su crédito á cubierto de toda sospecha con su pa- dre, determinó hacerle unas exequias correspondientes á su noble, aunque bárbaro nacimiento, y al amor de toda la ciudad que le habia conciliado su mérito. Asistió acompañado de todos los regidores, y de los oficiales de mar y tierra, como tambien el Sr. obispo con todo su clero. Fueron testigos de estos honores muchos indios de todas las islas vecinas que habia entonces en la Habana, y satisfechos de esta honra, concurren despues tantos otros, que segun se dice en la *an- nua*, no les bastaba á los padres el tiempo para instruirlos, y proveer- les á costa de su necesidad, de sustento y hospedage. En medio de tan gloriosas fatigas, el padre Juan Bautista de Segu- ra, tenia siempre vueltos los ojos á la Florida, y tomaba sus me- didas para pasar cuanto ántes á promulgar el Evangelio. Parecién- dolo tiempo, dejó en la Habana al padre Juan Rogel para ejercitar los ministerios, y con él á los hermanos Francisco Villa Real, Juan de la Carrera y Juan de Salcedo, para cuidar de lo temporal y de la ins-
Tomo 1.

Vuelven al- gunos á la Florida.

traccion de los españoles, principalmente de los indios caciques, en la escuela que habia tenido tan bellos principios. Al padre Gonzalo del Alamo, con un compañero señaló para la provincia y fuerte de Carlos. Al padre Antonio Sedeño, con otro de los hermanos que poco antes se habia recibido en la Compañía, mandó á Guale, provincia poco distante al Norte de Santa Elena, donde trabajaban tambien los hermanos Domingo Agustin, y Pedro Ruiz de Salvatierra. El padre vice-provincial, con el adelantado, partieron á la provincia de Tegueste favorablemente para la composicion de las ruinas pasadas. Habia vuelto de España, entre otros neófitos floridanos, un indio llamado Santiago, hermano del cacique de aquel pais, á quien por mucho tiempo habian creido muerto á manos de los españoles. Luego que lo vieron no solo vivo, sino tan honrada y distinguidamente tratado, como no hay gente mas fácil en deponer sus sentimientos y sospechas, que aquellos que por su necedad suelen ser mas prontos á concebirlas, determinaron renovar la amistad y antigua alianza con el rey católico. Se hizo esta ceremonia con toda el aparato y solemnidad que permitia el tiempo, y en testimonio, se erigió con las mayores demostraciones de regocijo y de veneracion, una cruz formada de dos grandes pinos en aquel mismo lugar donde poco antes la habian tan indignamente ultrajado.

Por otra parte, el cacique D. Felipe, que como arriba dijimos, vuelto de España el adelantado, habia prometido bautizarse, cada dia con nuevas promesas y ratificaciones, fomentaba las esperanzas de los siervos de Dios. En consecuencia de estas fingidas espresiones cuando llegó allí D. Pedro Melendez con el padre Juan Bautista Segura, pareció haberse rendido á sus fervorosas instrucciones: con singular consuelo del misionero y del gobernador, permitió que se quebrasen y ultrajasen sus antiguos ídolos. Los soldados, que conocian mejor al pérfido cacique, no quedaron aun satisfechos, y el suceso dió breve á conocer sus dañados intentos. Poco despues de la partida del adelantado para España, estando en la provincia su sobrino D. Pedro Melendez Marquez, descubierta una conjuracion que urdia contra los españoles él, y otros catorce caciques, sus cómplices, fueron castigados de muerte. El suplicio de estos conjurados tan ilustres acabó de agriar los ánimos de los indios. Se subleyaron repentinamente, quemaron sus chozas y sus templos, y huyeron á los montes. Fué preciso desamparar el fuerte y demolerlo, no pudiendo perseverar allí los soldados por la falta de alimen-

tos. El padre Gonzalo de Alamo y su compañero tuvieron orden de retirarse á la Habana. Pero aun aquí no pudieron perseverar largo tiempo. No se abria camino alguno para la fundacion del prometido y esperado colegio. Las limosnas de los particulares no podian mantener muchos dias tanto número de sugetos. Desamparada ya tanto de los naturales como estrangeros la vecina costa de la Florida, no podia subsistir aquella especie de seminario de indios, que hasta entónces habia sido el principal objeto de aquella residencia. Las poblaciones de españoles é indios amigos que restaban en la Florida, no tenian comercio alguno con la Habana. Estas razones determinaron al padre vice-provincial á hacer pasar todos los sugetos de la isla de Cuba al continente.

Era difícil la eleccion del sitio en que se hubiesen de alojar los misioneros. En las poblaciones donde habia guarnicion española, era muy gravoso á los indios haber de partir con los presidiarios aquellos pocos alimentos, que apenas les bastaban para la vida. Los soldados, obligados de la necesidad, usaban alguna vez de la fuerza. Así el ódio de las personas, como frecuentemente acontece, hacia aborrecible la religion, y cerraba el paso al Evangelio. Se escogieron, pues, las provincias de Guale y Santa Elena, donde se habian arruinado los antiguos presidios, y donde siendo la índole de los naturales mas apacible y dócil se podia trabajar con mas fruto. Una epidemia que asolaba aquellas provincias dió desde luego materia bastante á su caridad y á su paciencia. Corrian á todas horas del dia y de la noche de pueblo en pueblo, de choza en choza, animando al último trance á los cristianos, bautizando á los catecúmenos, anunciando el reino de Dios á los gentiles, y procurándoles en lo espiritual y temporal todos los alivios que podian. Tuvieron la sólida satisfaccion de enviar al cielo muchos pábulos, y aun procurar segun toda apariencia la eterna salud á muchos adultos. Los enfermos, aunque bárbaros, sensibles á tan continuas demostraciones de amor, parecían comenzar á amar á sus médicos, y hacerse mas dóciles á sus sabios consejos. En fin, hubieron de ceder al trabajo, á la incomodidad de la habitacion, á la inclemencia de la estacion y del aire inficionado que respiraban en la cura de los enfermos, en la asistencia de los moribundos, en la sepultura de los muertos. Fueron todos sucesivamente tocados de la peste; pero se contentó el Señor con una sola víctima: murió el hermano Domingo Agustin, por otro nombre Baez. Apenas podia haber caido la suerte sobre

Noticia del cacique D. Felipe.

Enferman todos y muere el hermano Domingo.

Incomodidad y peste del pais.

Enferman todos y muere el hermano Domingo.

otro que hiciese, mas falta á la mision. Destinado desde luego que llegó de Europa por su rara habilidad para aprender en Saturiva la lengua del pais, á los seis meses la poseia tan perfectamente, que pudo traducir á ella el catecismo, y componer un arte que fué de mucha utilidad á sus compañeros, de una alegría de ánimo, y un celo de la gloria de Dios á prueba de los mayores trabajos. Era de una familia muy distinguida en las islas Canarias, y habia hecho en la retórica, filosofía y teología grandes progresos en Salamanca; pero fué incomparablemente mayor la humildad con que pretendió ocultar todas estas brillantes cualidades en el humilde estado de coadjutor temporal.

Fruto de la mision.

Incomodidad de los indios.

Pasada esta borrasca, y muchos meses despues con sumo trabajo de los padres, ya no parecia quedar medio alguno para la conversion de los floridanos. Con la peste acabó juntamente su agradecimiento y su docilidad. El padre Juan Rogel y el hermano Juan Carrera en Santa Elena, el padre Sedeño y el hermano Villa Real en Guale, habian sudado un año sin otro fruto que el de su paciencia y de su mérito. Los indios cada dia mas groseros y mas bárbaros, no oian con gusto las instrucciones, sino cuando se acompañaban con el alimento. Con alguna atencion superficial á ciertos artículos de nuestra religion en tratándoles de las penas preparadas despues de la muerte, ó á los impíos de la inmortalidad de nuestras almas, cerraban enteramente los oidos. El espediente que se habia tomado de retirarse á las provincias de Huale y Santa Elena, algo distantes de los presidios españoles, y que habia sucedido felizmente hasta entónces, se halló despues espuesto á las mismas y aun mayores dificultades. La escasez de alimentos obligaba á los soldados del presidio á hacer algunas escursiones en las provincias vecinas. Los indios que no podian sin un sumo dolor verse violentamente privados del necesario sustento, y espuestos á todos los rigores del hambre, buscaban amparo y defensa en los misioneros. Así estos que ni quisieran faltar á la necesidad de los españoles, ni dejar de mirar por la inocencia de los afligidos indios, se hacian á unos y á otros aborrecibles igualmente. Venia el padre Luis de Quiroz destinado de nuestro padre general, en lugar del padre Gonzalo del Alamo, hombre de raras talentos, pero para la cátedra y el púlpito, no para los bosques y las chozas, en que sin poderse servir de su literatura dañaba mas con la delicadeza de su genio y dureza de su juicio. Tuvo orden el padre Alamo de pasar á Europa, y partió luego. Pensaba el padre Segura entrar mas adentro de la tierra ácia

Entrenamiento de los indios.

la provincia de Axacan, distante como ciento y setenta leguas al Norte de Santa Elena, á los 37 grados de latitud.

Habia inclinado al padre á tomar esta resolucion un indio natural de aquella region, que habia venido de la Habana acompañando á los padres. Era éste hermano del cacique de Axacan, y algunos años antes pasando por allí para Nueva-España unos misioneros del orden de predicadores, partió con ellos á México, donde instruido con prontitud en los dogmas de nuestra fé, fué con grande solemnidad bautizado y llamado Luis, en honra de D. Luis de Velasco, segundo virey de México, que tuvo la dignacion de ser su padrino. De aquí pasó á España, y en atencion á su ilustre nacimiento, que acompañaba un entendimiento pronto y un exterior agradable, le honró el Sr. D. Felipe II manteniéndolo á sus reales espensas todo el tiempo que estuvo en la corte. Volvió de Europa en compañía de unos religiosos de Sto. Domingo con el destino de ayudarlos en la conversion de su nacion; pero habiéndose impedido no se con qué ocasion el pasage de estos misioneros á la Florida, celoso de la reduccion de sus compatriotas se agregó á nuestros padres. Verosímilmente no podia encontrar el padre vice-provincial socorro mas oportuno para sus piadosos proyectos. La restitucion á su patria de un personage tan distinguido entre los suyos, sus maneras dulces é insinuanes, su fervor y celo para la religion, el agradecimiento que profesaba á la honrosa acogida que habia debido á D. Luis de Velasco, la liberalidad y honra de que se habia visto colmado en la corte del mayor monarca de Europa, su ingenio agudo y vivo acostumbrado ya al modo de tratar de los europeos, la piedad con que se llegaba con frecuencia á la participacion de los sagrados misterios; todo conspiraba á hacer creer que depuesta toda la perfidia y ferocidad de su nativo clima, se tendria en D. Luis no solo un cabal intérprete y un fiel amigo, sino tambien un fervoroso catequista.

Noticia del cacique Don Luis.

Juntó el padre vice-provincial en Santa Elena á los padres para comunicarles su resolucion; pero nunca quiso poner en consulta quienes habian de ir á aquella peligrosa espedicion, queriendo tomar sobre sus hombros todo el trabajo, aunque los padres Sedeño y Rogel se le ofrecieron muchas veces con las mayores veras. Resuelto el viage tomó consigo el padre Segura, al padre Luis de Quiroz con seis hermanos. Gabriel Gomez, Sancho Cevallos, Juan Bantista Mendez, Pedro de Linares, Gabriel de Solís, y Cristobal Redondo. Fuera de estos, iba D. Luis y un niño hijo de un vecino español de Santa Elena, llamado

Parte el padre Segura con sus compañeros á América.

Alonso. Todos los padres y hermanos que cultivaban las provincias de Guale y Santa Elena, tuvieron orden de retirarse á la Habana. El vice-provincial y sus compañeros se embarcaron en un puerto cercano á Santa Elena para Axacan á fines de agosto, despues de haber con fervorosa oracion y otras muchas obras de virtud encomendado á Dios el éxito feliz de una empresa, que no tenia otro objeto que la gloria de su santo nombre. Llegaron á la provincia de Axacan, que hoy en dia en poder de la Inglaterra, hace parte de la nueva Georgia y la Virginia, á los 11 de setiembre, y dieron fondo en el mismo puerto de Santa María, (hoy S. George) patria del cacique D. Luis. Luego que pusieron pié en tierra, mandó el padre Segura al capitan del barco que con toda su tripulacion y soldados volviese á Santa Elena, de donde no debia volver á aquel puerto sino despues de cuatro meses á traer las necesarias provisiones de que dejaba encargado al padre Juan Rogel. No faltaron al hombre de Dios fuertes razones para determinarle á una accion que á los ojos de la prudencia humana pudiera parecer temeridad. Seguramente las costumbres de la tropa y gente de mar, no eran las mas apropósito para confirmar con su ejemplo la ley santa que se iba á predicar á los gentiles. La tierra no era tan abundante de alimentos que se pudiesen mantener todas aquellas gentes, sin notable incomodidad de los naturales, y dejarlos espuestos á las vejaciones ordinarias, era sofocar desde luego la semilla del Evangelio que se procuraba fomentar con el sudor y con la sangre.

Conducta de Don Luis.

Por otra parte, no se tenia motivo alguno para desconfiar del cacique D. Luis. Fuera de la piedad para con Dios y de la amistad para con los padres, que hasta allí habia observado constantemente en toda su conducta, acababa de darles pruebas bien sinceras de su fidelidad y su fervor. Luego que se presentó á sus gentes sobrecogidas del gozo de verlo despues de tantos años restituido á su patria, valiéndose de aquellos primeros movimientos de alegría, los interesó para que entre todos se fabricase á los padres una casa capaz, aunque grosera, y una hermita ó pequeña capilla, donde se celebrasen con decencia los sacrosantos misterios. A su arribo habia muerto el cacique de Axacan su hermano mayor, y actualmente mandaba en la provincia otro menor que D. Luis. Vióse entonces con un ejemplo digno de proponerse á los mas cultos pueblos de la Europa, cuanto la grandeza de alma y la nobleza sostenida de un buen fondo de equidad, es superior á la mas grosera educacion, y á la barbaridad del clima. El hermano menor re-

conociendo en D. Luis la prerrogativa del nacimiento, vino luego á ofrecerle el mando de toda aquella region la mas grande y la mas bien poblada de la Florida, en cuya posesion, decia, no habia entrado sino por la ausencia de su hermano, á quien la naturaleza daba sobre él y sobre toda la nacion un derecho incontestable. D. Luis, á quien fuera de su grande génio, acompañaba una instruccion pulida, é ilustraban las luces de la fé, no se dejó vencer en generosidad de su menor hermano. La fortuna, dijo, quitando los hijos á mi hermano y sacándome á mí de mi patria, ha depositado en vuestras manos las riendas del gobierno. Vos estais amado de vuestros súbditos, temido de vuestros enemigos, y que unos y otros me mirarian á mí como extranjero. Por mucho derecho que me asista para pretender el mando ó para aceptarlo de vuestras manos, no quiera Dios se piense de mí que haya sido este el motivo de restituirme á los míos. No, mi amado hermano: yo no he venido á despojaros de vuestros dominios, sino á contribuir solamente de mi parte al celo de estos piadosos hombres, que dejando su patria, y sacrificándose á los mayores trabajos, os vienen á anunciar el reino de Dios vivo, de quien por mi dicha soy, y quiero ser uno de los adoradores, mas sinceros.

Con estos ejemplos y espresiones de D. Luis, comenzaron los bárbaros á tener en gran veneracion á los siervos de Dios, y á dar favorables oidos á sus consejos de paz. Por siete continuos años habia sido aquella gente trabajada de una epidemia en que tuvieron bastante que fatigarse los padres, con quienes de concierto obraba en todo D. Luis. Así pasaban llenos de esperanza hasta fines del año. D. Luis, entonces, dejado el vestido europeo, de que hasta entónces habia usado, apareció un dia repentinamente en el traje de su nacion, protestando, que lo hacia por no disgustar á sus gentes, y atraerlas con mas dulzura á sus designios. Se vió muy presto como con el traje se habia vestido otra vez de toda la corrupcion de su pais, y experimentaron los padres, quanto es difícil que vuelva la fiera á su bosque nativo, sin que deponga toda aquella mansedumbre, que contra su natural inclinacion habia aprendido en las jaulas. Ya no asistia con tanta frecuencia á las exhortaciones de los padres. La libertad, el ejemplo de los suyos, la impunidad en los mayores delitos, habian tentado su corazon, y el amor á las mugeres acabó de corromperlo enteramente. La cualidad de cacique le permitia tener muchas á un tiempo. Los padres Segura y Quiroz, á quienes dolia infinitamente verse arancar de entre las ma-

Su mudanza y obstinacion